

CIFRE-WIBROW, Patricia. *Giro cultural de la memoria. La Guerra Civil a través de sus patrones narrativos*. Berlin: Peter Lang, 2022, 314 pp.

He aquí una novedosa aportación a la ya ingente producción académica centrada en la narrativa sobre la Guerra Civil española. Su novedad viene ya sugerida en el título donde figura el sintagma «patrones narrativos» y en el que, además, se da a entender que existe una evolución en la aplicación de tales patrones vinculada al cambio producido en la percepción del concepto de «memoria». La autora, Patricia Cifre-Wibrow, profesora titular del área de germanística en la Universidad de Salamanca, parte con la ventaja de conocer a fondo la narrativa generada en el ámbito germano (Alemania y Austria) como consecuencia del conflicto bélico que acabó con la derrota del III Reich, además de la producción teórico-crítica surgida en torno a la misma. Ello le permite, en determinados momentos, recurrir a una metodología comparatista y trazar esclarecedores paralelismos, poniendo de manifiesto las similitudes y divergencias entre la narrativa posbélica germano-austriaca y la española.

El concepto de «memoria» es la pieza clave en torno a la que se articula este trabajo en cuyo documentado capítulo introductorio titulado «Giro cultural de la memoria» nos introduce en el contexto donde tiene lugar ese giro mediante el

que se replantea la significación que la Guerra Civil tenía para una parte importante de la sociedad española. La autora lo vincula al movimiento que, en torno al cambio de siglo y coincidiendo con el relevo generacional, desencadena una actitud sumamente crítica frente a la política del olvido que, como garantía de la reconciliación, se había preconizado durante el periodo transicional. Una vez asentada la democracia y superado el peligro de la involución, la «generación de los nietos» deja sentir su voz para expresar el desacuerdo con la generación precedente y se ponen sobre el tapete cuestiones como la necesidad de dignificar a las víctimas del franquismo y sacar a la luz las injusticias cometidas contra ellas, de reactivar una memoria que había quedado relegada a los relatos familiares donde permanecían vivas las humillaciones padecidas por los vencidos. La autora se encarga de subrayar cómo en los últimos años del siglo comienzan a abrirse nuevos espacios para la articulación de la memoria republicana y cómo el cambio resulta visible, ya desde 1999, en el ámbito de la historiografía con la aparición de una serie de títulos que comenzaron a ocuparse de cuestiones hasta entonces silenciadas y a insistir especialmente en la «violencia fundacional» de la dictadura a la que no se duda en calificar de genocida.

En la primera parte, «Los marcos de la memoria», se pasa revista a la concatenación de circunstancias

de diversa índole (política, cultural, social, jurídica, etc.) que abonaron el terreno para el mencionado giro cultural. Desde la perspectiva política se analizan los factores que desembocaron en la aparición de una corriente de pensamiento que abogaba por la superación del pacto transicional y de su equidistancia entre los dos bandos contendientes de la guerra para reclamar la recuperación de la memoria republicana (la «conversión» de muchos militantes del PSOE quienes, ya en la oposición tras la pérdida del poder en 1996, reclaman al Partido Popular una política dignificadora de las víctimas del franquismo; los homenajes a la memoria de los exiliados en 1999 coincidiendo con el sexagésimo aniversario del final de la contienda; la promulgación en 2007 de la Ley de Memoria Histórica por el gobierno de Rodríguez Zapatero; la irrupción en 2008 del 15M y, con ella, el surgimiento de partidos como Podemos que cuestionan la legitimidad de la Transición y reclaman un nuevo proceso constituyente; el afloramiento de numerosos casos de corrupción en mitad de la crisis económica y financiera, etc.). En lo que respecta al marco jurídico se comenta cómo ya en los noventa cobran fuerza las voces contra la Ley de Amnistía de 1977, que impedía juzgar a los responsables de la represión franquista y que fue criticada por diversas asociaciones internacionales, incluida la propia ONU; a ello hay que

sumar la actuación emprendida por el juez Baltasar Garzón sobre los crímenes de la dictadura, aunque sería apartado de la causa por el Tribunal Supremo; o la creación de asociaciones como Verdad, Justicia y Reparación emprendida por los familiares de las víctimas. Al abordar el marco historiográfico se tiene en cuenta la multiplicación de trabajos publicados entre 1987 y 1996 con la aparición de nuevas líneas de investigación que establecen el papel estructural desempeñado por la violencia en el bando sublevado y demuestran que la represión en este fue muy superior a la ejercida en la zona republicana. Este hecho aparece reforzado por el hallazgo y la apertura de las numerosas fosas comunes propiciada por el marco jurídico que proporcionó la Ley de Memoria Histórica y que la autora comenta en un apartado titulado «Las exhumaciones». Esta primera parte se cierra con unas interesantes páginas dedicadas a los estudios de la memoria, centrados específicamente no tanto en el relato del pasado como en «el relato que el presente hace del pasado» y en «la interacción entre la memoria individual y colectiva». Se remonta a los trabajos pioneros de Halbwachs en los años treinta y repasa las aportaciones de otros teóricos posteriores como Aleida y Jan Assmann, Marianne Hirsch, Harald Welzer, Peter Demetz o Astrid Erll y en los que la autora se ha apoyado para su investigación.

La segunda parte se ocupa de la narrativa en torno a la Guerra Civil y del papel que esas novelas han podido desempeñar como mecanismo articulador de la memoria cultural. En su objetivo de responder a la pregunta sobre cómo esa memoria influye en las representaciones literarias del pasado, la autora propone cuatro patrones narrativos dentro de los que encuadran las novelas sobre la contienda: el *patrón de la vivencia*, desarrollado durante el conflicto bélico y los primeros años de la posguerra; el *patrón de la experiencia*, que incluye aquellos relatos en los que la guerra es percibida como un acontecimiento que forma parte del pasado; el *patrón de la conciliación*, vinculado a la cultura conmemorativa de la Transición; y el *patrón de la reparación*, donde se engloban aquellas novelas en las que se manifiesta ya el cambio de paradigma producido a partir del cambio de siglo en la cultura conmemorativa española. Las novelas incluidas en el primero son las escritas por autores que participaron en la guerra y dan testimonio de lo vivido (*A sangre y fuego*, de Chaves Nogales; *Del Madrid rojo*, de Guillén Taro; *Madrid de corte a checa*, de Agustín de Foxá; *Crónica del alba*, de Ramón J. Sender; *No son cuentos*, de Max Aub; *La llama*, de Arturo Barea, etc.), mientras el patrón experiencial estaría integrado por aquellas novelas que vuelven sobre el conflicto desde una perspectiva temporal más amplia

explicándolo desde las repercusiones que tuvo en la España posterior al mismo (*Nada*, de Carmen Laforet; *La colmena*, de Cela; *El fulgor y la sangre*, de Aldecoa; *Las afueras*, de Luis Goytisolo; *Si te dicen que caí*, de Marsé, entre otras). El patrón de la conciliación engloba la producción literaria iniciada tras la muerte de Franco en las que destaca «la preocupación por evitar la reactivación de los resentimientos vinculados al pasado», acorde con el espíritu reconciliador que presidió la Transición (*La muchacha de las bragas de oro*, de Marsé; *Luna de lobos*, de Llamazares; *Beatus ille* y *El jinete polaco*, de Muñoz Molina; *Historia de una maestra*, de Josefina Aldecoa; *El lápiz del carpintero*, de Manuel Rivas; *Soldados de Salamina*, de Javier Cercas, son algunas de ellas). Por su parte, el patrón de la reparación abarca una serie de novelas escritas desde principios del siglo (aunque algunos autores como Vázquez Montalbán, Javier Marías o Rafael Chirbes se adelantan) con la voluntad de contribuir a reparar las injusticias que la Transición había dejado pendientes y los agravios infligidos a la memoria republicana (se incluyen varios de los títulos de Almudena Grandes además de otros como *El vano ayer* y *¡Otra maldita memoria sobre la guerra civil!*, de Isaac Rosa; *Enterrar a los muertos*, de Martínez de Pisón; *Los rojos de ultramar*, de Jordi Soler; *Mala gente que camina*, de Benjamín Prado; *Recordarán tu*

nombre, de Lorenzo Silva; *Cartas desde la ausencia*, de Emma Rivarola, etc.).

Resulta imposible resumir la compleja casuística desarrollada por la profesora Cifre en la explicación y aplicación de tales patrones en las más de 60 páginas (distribuidas en 10 epígrafes) que ocupa su exposición. Esta, además de incluir referencias detalladas a un extenso repertorio de novelas, viene precedida por una minuciosa definición de las categorías con las que opera («memoria», «olvido», «perdón», «reconciliación», «reparación»), para lo que se remite a diversos teóricos que han abordado el tema de la memoria, entre ellos Walter Benjamin, cuya distinción entre los conceptos de «vivencia» y «experiencia» resulta crucial.

La tercera y última parte del libro se dedica a estudiar el funcionamiento de los cuatro patrones narrativos descritos en una serie de novelas que considera representativas atendiendo a su recepción exitosa, confirmada en ocasiones por premios literarios de prestigio. Deja constancia de la frecuencia con que se producen fenómenos de hibridismo entre elementos pertenecientes a patrones narrativos distintos, lo cual explica por el carácter ambiguo que presentan varias de esas novelas o por la evolución experimentada por los diversos autores. Cita como ejemplo el caso de Max Aub, cuya escritura evoluciona desde el patrón vivencial de sus

primeros relatos sobre la guerra y los campos de refugiados franceses hasta el patrón experiencial presente en *Manuscrito Cuervo* y, especialmente, en *La gallina ciega*. A este autor se dedica el primero de los diez capítulos de los que consta esta tercera parte del libro; los otros se ocupan sucesivamente de Luis Goytisolo (*Las afueras*), Miguel Delibes (*377A, Madera de héroe*), Juan Marsé (*La muchacha de las bragas de oro*), Javier Cercas (con sendos capítulos dedicados respectivamente a *Soldados de Salamina* y a *El impostor*; este último comparado con un caso similar, el del suizo Benjamin Wilkomirski), Javier Marías (*El siglo*), Isaac Rosa (*¡Otra maldita novela sobre la guerra civil!*) y Rafael Chirbes (*La larga marcha, La caída de Madrid, Los viejos amigos*).

No cabe duda de que nos hallamos ante un libro importante por lo que supone de aportación novedosa a un tema sobre el que parecía estar ya todo escrito. La autora parte de un sólido conocimiento de sus antecedentes tanto en el ámbito teórico-crítico como en el de la creación literaria del que es reflejo la exhaustiva bibliografía de 23 páginas (con casi 500 referencias) que acompaña el volumen. Su innovadora metodología abre nuevas perspectivas no solo al estudio de la narrativa sobre nuestra contienda civil, sino a las relaciones entre literatura y memoria histórica. Por otra parte, las incursiones que la autora,

avalada por su formación germanística, hace en algunos momentos en la narrativa posbélica alemana y austriaca permite comprobar que su metodología puede ser también fructífera en el ámbito de la literatura comparada analizando las repercusiones que un conflicto bélico deja en la memoria colectiva, y en la literatura que la vehicula, de los distintos países que lo sufrieron. A este respecto y para concluir, cabe referirse a cómo la profesora Cifre

se preocupa de señalar que su valoración de las novelas abordadas no ha estado presidida por criterios éticos ni estéticos, sino por el propósito de «leer la memoria novelada como un producto de su tiempo, poniéndola en relación con los marcos sociales por los que se ve condicionada».

José Antonio PÉREZ BOWIE
Universidad de Salamanca